

LOS AÑOS HEROICOS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Quienes no conocimos al escritor valenciano, tenemos de él una idea aproximada a como debió de ser. Hay quien lo acepta nada más como un maravilloso novelista, como un maestro en el arte de construir novelas, como un paisajista prodigioso. Sus biógrafos nos hablan de cierta etapa revolucionaria. Nos dicen que fue impulsivo, republicano ardiente, activo revolucionario. Sin embargo, haciendo caso omiso de las particularidades, se cuidan muy poco de mostrarnos en qué consistió su ardor combativo, cómo defendió sus ideas políticas y de qué manera fue revolucionario. Nos cuentan algunos de sus duelos no por lo que tienen de aportación al conocimiento de su personalidad, sino por lo que tienen de novelesco y hasta de anecdotico.

Quienes no conocimos a Blasco Ibañez, todavía nos preguntamos, un poco perplejos, en qué consistió el arrebato de las multitudes ante él, cómo supo despertar un tal sentimiento de admiración, cómo logró avivar contra él una tan inmensa ola de enemistad y hacer que todo un pueblo creyese en él.

Los que vimos, en 1933, el impresionante entierro que Valencia le tributó cuando llegaron sus restos desde Menton, todavía nos estamos preguntando qué extrañas virtudes o qué magníficas cualidades poseía aquel hombre para que cerca de un millón de seres se agolpase ante el paso del féretro.

Su solo nombre electriza a la gente. El recuerdo de los años de la juventud de Blasco Ibañez, aún hace mover la caba-

za a los más viejos. Se le evoca con respeto y melancolía. El supo imprimir a la ciudad en que nació el sello de su personalidad y dejó la huella de su paso. Si se admira al novelista, al escritor, no menos se admira al que logró despertar a su ciudad y al que dio a sus conciudadanos conciencia de sus afanes.

Para desentrañar el enigma de esta personalidad, para encontrar una lógica razón a los entusiasmos de ayer y a las evocaciones de hoy, no nos queda otro camino que el de acercarnos a él, estudiarle en aquellos escritos espontáneos y vivos que reflejan su carácter, descubren sus ideas y ponen de manifiesto sus amores; hay que seguirle en los cientos de discursos que pronunció y verle actuar, no por medio de las anécdotas —siempre deformadas— que todavía de él se cuentan, sino en la crónica diaria de los periódicos, unas veces triunfantes, otras perseguido y juzgado, siempre mostrando su rebeldía —la disconformidad— y en todas las ocasiones dando pruebas de un temple extraordinario y de un valor que le granjearon la estimación popular.

Quienes pretenden conocer a Blasco Ibáñez por las cortas biografías y por sus novelas, ignoran en realidad cómo fue. Lo prodigioso en Blasco no es su vida revolucionaria, su capacidad de lucha para ir formando ciudadanos; lo extraordinario es que, precisamente en ese período más agitado de su vida, llegase a escribir las más logradas novelas de su no escasa producción.

El período de tiempo que denominamos “años heroicos” corresponde al que se inicia en 1890 y termina en 1906. En estos diez y siete años hay una vida original, rica en acciones, variada en lances, azarosa por lo que tiene de incertidumbre ante el porvenir, sufrida y esforzada. Es un mágico caleidoscopio. Es la hoguera en la que se arrojan los mejores años de la vida de un hombre.

Si no fuese más que la vida de un agitador callejero, de un amotinador, de alguien con afán de notoriedad, no merecería la pena historiarla. Pero es precisamente la rectitud de crite-

rio, la hondura de propósitos, la lealtad a sus palabras, lo que nos hace considerarle como una de las más ricas vidas que han existido en Valencia.

Dos vertientes hay que tener en cuenta para el estudio de la personalidad de Blasco Ibáñez: La vertiente nacional y la local; cuáles eran los pensamientos de Blasco respecto a España y cuáles eran los que tenía de Valencia. Blasco Ibáñez no es localista, pues aspira a lo nacional por un imperativo de sus ideas. Sin embargo, desde 1890 a 1898, y aún más, toda su actividad se concreta, en lo político, a crear en Valencia “un fuerte partido republicano”, y en lo literario a estudiar los tipos y las costumbres de la vida valenciana. Entretejido entre uno y otro afán, no siempre tan claro y definido como aquí expuesto, aparece el periodista, el orador, el fugitivo, el procesado. Sin embargo, dentro de él, como norte y guía, no hay más que un deseo para su patria: “el derrocar lo existente” (1) e implantar la República, “que como todos sabéis es mejor que la monarquía” (2).

En Blasco Ibáñez no se da el caso del revolucionario por resentimiento. Su republicanismo procede del convencimiento de que “sólo la República logrará salvar a España”. Su idea es de alcance patriótico. La Restauración es para él “una traición a la República del 73”. Por tanto, todos los males que ha de soportar el país son inmanentes de “las instituciones que nos gobiernan”.

Blasco Ibáñez, política, social y hasta literariamente, es un disconforme. Sus aspiraciones son exactamente las mismas que sostienen Unamuno, Azorin, Baroja, Ganivet, todo el grupo de intelectuales que luego se denominó “generación del 98”. Disconforme es Unamuno: “esta sociedad agobiada por la ramplonería”. Disconforme es Azorin: “Esto es irremediable,

(1) Discurso pronunciado en Valencia el 11 de febrero de 1898.

(2) *Mis propósitos*. Artículo publicado en *El Pueblo*. 6 de marzo 1898.

si no se cambia todo... así caminamos pobres, miserables, sin vislumbres de bonanza". Disconforme es Baroja: "...la vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad"... Pedro Lain Entralgo tiene un párrafo expresivo y revelador: "...amaban a una España distinta de la que contemplaban; amaban a España porque no les gustaba la que veían, movidos por una evidente y utópica voluntad de perfección".

Es amor y no odio lo que hay que aceptar en las palabras de censura de Blasco Ibáñez. El se ha formado, como todos los de la generación del 98, a través de incontables lecturas de la juventud. En Blasco más que en cualquiera otro, despiertan su conciencia la lectura —“aquí por fuerza se ha de ser autodidácto”— y su viaje a París, como fugitivo político. En 1890 es cuando llega a París huyendo de la policía por haber organizado una manifestación de protesta contra la subida de Cánovas al poder. Su estancia en París le permite ratificarse en las ideas que abraza. El fuego que en él había, se aviva. La visión de la vida española pierde ahora consistencia al poder ser comparada con la vida de la nación vecina. Ya de regreso en Valencia en 1891, puede comparar la realidad de lo que está viendo con lo que ha dejado allá en París. Más tarde irá cristalizando esta disconformidad en artículos violentísimos. Son numerosísimas las citas que se pueden entrasacar de sus escritos.

Jamás ha llegado “la Hacienda a mayor ruína, ni el país a mayor miseria” (3). “Nada queda aquí que no esté deshonrado por el régimen existente” (4). “...una política torpe, que tiene por base el caciquismo” (5). “Este es el país de los simulacros” (6). “Indigna, en los viajes por el interior de España, ver aguas que se pierden cerca de campos resquebrajados por la sed; las escuelas establecidas en pocilgas; las cárceles

(3) Discurso pronunciado en Valencia el 11 de febrero de 1898.

(4) *La paz deshonrosa*. Artículo public. en *El Pueblo*, 22 de junio 1898.

(5) *Los ricos*. Artículo public. en *El Pueblo*, 29 de junio 1898.

(6) *La farsa de la censura*. Artículo publ. en *El Pueblo*, 4 Oct. 1900.

en subterráneos; las tierras cultivadas como en tiempo de los godos" (7).

La "voluntad de perfección" se acrecienta. Para salir de ese marasmo no hay, para él, más que una solución. Hay que buscar el fundamento de esta rebeldía en causas y concausas de la educación y del ambiente. No es extraño, pues, que las torpezas de una política, que va jalonando de desastres su camino, y la zafia vida provinciana, concedan toda la razón de ser rebelde a este hombre de indiscutible talento y de probada sensibilidad.

Hasta 1898 no logra Blasco Ibáñez su primera acta de diputado. Con ella da principio a una tarea política de más alto alcance nacional. Hasta ese 1898 permanece en Valencia, luchando desafortadamente, escribiendo sin tregua, componiendo sus mejores novelas y sus más violentos artículos.

En esta última década de siglo, Valencia vive como dormida en la quietud de una resignación sin par. Geográficamente Valencia es "la tercera capital de España; pero en punto a condiciones higiénicas, embellecimiento y aspecto civilizado, figuramos en décimo o duodécimo lugar" (8). "Nosotros andamos a tientas por las sombras, guiados por la chispa roja del quinqué". "Es una vergüenza que las escuelas municipales estén en callejones tortuosos donde no penetra el sol".

La provincia vive aislada del resto de España y del mundo. Se transige con todos los abusos, injusticias y atropellos. "El caciquismo rural" del que Blasco Ibáñez habla con frecuencia, es una realidad. "Aquí no hay más que cuestiones personales y de bandería". "...manadas que huelen a alpargata y a establo" (9).

También la disconformidad de Blasco se rebela contra la pasividad del ambiente que le rodea. Ha adquirido la virtud de no silenciar sus pensamientos, de decir las cosas por su nom-

(7) *Domingo sangriento*, idem, idem, 9 Octubre 1900.

(8) *La revolución en Valencia*, idem, idem, 11 Novbr. 1901.

(9) *Mi triunfo*, idem idem, 29 Marzo 1898.

bre, sin tratar de disimular la dureza del vocablo. Adivina que este ambiente dormido de Valencia precisa de alguien que dé voces para que despierte.

El estudio de las formas de expresión de Blasco Ibañez, nos lleva a considerarle como uno de los periodistas más agresivos de la época. "Soy un enamorado de la verdad y digo lo que llevo en el corazón" (10). Cuando escribe sabe que se dirige a un cuerpo adormecido y precisa el trallazo para que se avive y reaccione. Un cuerpo agotado, desengañado de la política, perdidas las esperanzas de regeneración, cuando no de prosperidad. Cuando Blasco Ibañez vocea —y vocea con frecuencia en esta etapa de su vida— no lo hace por instintiva vulgaridad, sino en razón de un deseo de que todos le entiendan.

Blasco Ibañez acude, después de su regreso de París en 1891, al socorrido empeño de fundar un periódico. Este deseo suyo no llegó a ser realidad hasta tres años después, en 1894, cuando fundó *El Pueblo*. Su precipitada marcha al extranjero interrumpió la salida de un semanario que él dirigía: "*La Bandera Federal*", publicación que salió a la luz pública el día 1º de setiembre de 1889, protegida económicamente por Remigio Herrero. "*La Bandera Federal*" reaparece en 1891 con una diretriz más concreta y determinada. Su tarea inmediata es la de agrupar los dispersos elementos republicanos que aún existían, restos de la República del 73.

Quizá por considerarlo poco consecuente, se han olvidado los biógrafos de Blasco Ibañez de mencionar la fundación de "*La Bandera Federal*". Tal vez en estos siete años de existencia (1889-1895) con alternativas de suspensiones, secuestros y denuncias, no se haya logrado gran cosa en el alcance de las ideas que defendía. Pero este semanario, breve, mezquino casi, es y representa en la vida de Blasco Ibañez el primer hito de su popularidad. Decir que en 1892 Blasco Ibañez no era conocido en Valencia, es servir ignominiosamente a la le-

(10) Discurso en el Congreso en 1898.

yenda. Le falta, es verdad, la cohesión de hechos para determinar que sea un personaje público.

En torno a Blasco se ha formado una juventud animosa. Entre quienes forman la redacción de "*La Bandera Federal*" figura un gran poeta vernáculo: Constantino, Llombart, figura histórica que conoció y admiró la inteligencia de Blasco Ibañez desde los primeros momentos.

Blasco Ibañez lleva a cabo, a través de su semanario, la fusión de los distintos grupos de republicanos. Los hay republicanos progresistas, coalicionistas, federales orgánicos, legalistas y pactistas. Blasco forma el grupo de republicanos federales pactistas, el más numeroso y el que va engrosando periódicamente.

Es curioso leer en la prensa de la época, cómo se van fraccionando y disolviendo los grupos. Por ejemplo, el 18 de noviembre de 1892, se lee en "*El Mercantil Valenciano*" la siguiente nota:

"Los republicanos progresistas y federales orgánicos que habían constituido el Casino coalicionista, se han separado o están próximos a separarse.

"Según parece, muchos orgánicos se unirán con los pactistas que capitanea el Sr. Blasco Ibañez; otros engrosarán las filas del grupo que dirige el Sr. Feliu, y otros tomarán puesto en distintos partidos republicanos".

Es de todo punto pueril considerar este afán de Blasco Ibañez desde un punto de vista particular y como medio para alcanzar la popularidad o la jefatura suprema del Partido. Si admitimos su inquietud, su deseo de renovación política y social, encontraremos tras esta voluntad un hombre desprendido, magnánimo, fácil a la súplica, condescendiente con el pedigrüño, jamás capcioso, antes bien amplio y desinteresado. La inmensa popularidad de que gozó le hizo blanco de todas las calumnias fáciles de sus enemigos. Los periódicos gubernamentales le toleraban con cierta desdenosa compasión. Se dolián de que un hombre de tal valor literario buscara la compañía y el aplauso "del populacho". Sus mismos correli-

gionaros veían en él a un ambicioso, deseoso de asumir la jefatura y suplantar a los que debía obedecer. Lo que ignoraban era que llevaba consigo una nueva reserva de entusiasmos, una mejor moral y un empuje violento que barría la molición y la ineficacia de los jefecillos.

Este temple, esta disposición para mantenerse firme a pesar de los embates, no fue una cualidad espontánea, sino que tuvo que ir forjándola en la lucha diaria, en la polémica y en la controversia. "*Bandera Federal*" fue una buena trincheira en la que aprendió a combatir y a defenderse de los ataques.

En estos inciertos años de su acción política al frente de "*La Bandera Federal*" ha de soportar el más encarnizado y feroz ataque que brota, precisamente, de sus mismas filas. El órgano federal que dirige, a pesar de su pequeñez, de su insignificancia, ha logrado sembrar el descontento entre aquellos que hacen de la política un estado de autoritarismo semejante al cacicato. Precisamente porque Blasco habla claro y fuerte, ha logrado derribar no pocos idolillos de la política regional.

En 1892 ya aparece Vicente Blasco Ibañez como Presidente del Comité Municipal del Partido Federal de Valencia.

Acerca de la legitimidad de esta presidencia, se suscita una violenta polémica. Los viejos grupos de federales dirigidos por el que fue diputado a Cortes, D. Juan Feliu, se oponen rabiosamente a admitir la presidencia de Blasco.

Blasco Ibañez ofrece, contra la pasividad de los federales viejos, un programa de acción revolucionaria. Pretende sacar de la inmovilidad en que se hallan, esas fuerzas dispersas del republicanismismo. Pero ya, desde el primer instante, tropieza con la obstinación de los que no quieren ceder el puesto a los jóvenes. D. Juan Feliu desautoriza, en un escrito de fecha de 24 de junio de 1892, al Comité Municipal presidido por Blasco. Y éste, que ha aprendido a encrespar las pasiones de sus seguidores, publica un vibrante manifiesto "A los federales de Valencia":

"La afición al estudio me llevó a buscar nuevos horizontes; lei las inmortales obras de Pi y Margall, vi en ellas que

la República sin el sistema federal es la democracia incompleta, me convencí después de grandes reflexiones, que en la realización de tales doctrinas consistía la revolución necesaria para España, y entré en el partido federalista, siendo desde entonces, según reconocen los correligionarios de toda la Península, uno de los más modestos individuos de la gran familia federalista; pero tal vez el que con mayor entusiasmo, energía, voluntad inquebrantable ha propagado y propaga las doctrinas de nuestro ilustre jefe”.

No pierde ocasión para censurar la actitud del Sr. Feliu. Le recuerda, con una ironía no frecuente en Blasco Ibañez, la actuación en el Cantón Valenciano. “...abandonó las cortes para sublevar a Valencia contra el gobierno del Sr. Pi Margall, y antes de que sonara el primer tiro huyó cobardemente en forma que no quiero comentar”.

Blasco Ibañez, a los veinticinco años de edad se atreve a derrocar los viejos ídolos. Trae consigo una fuerza nueva y ella precisa abrirse camino aún a costa de todos las respetables figuras históricas.

La réplica del Sr. Feliu es la de enviar los padrinos a Blasco Ibañez. Con ello surge la primera cuestión personal que ha de sostener el novelista. Pero la actitud de Blasco es en esta ocasión despectiva y desconcertante. El, que años después no vacilará en empuñar una pistola para batirse en arriesgado duelo, en esta ocasión se niega a aceptar el lance. Los Sres. D. José Morote y D. Federico Royo, padrinos del Sr. Feliu, publican en la prensa una carta explicando sus gestiones ⁽¹¹⁾.

“Hemos visitado a D. Vicente Blasco Ibañez manifestándole que, considerando usted gravemente ofensivas las frases consignadas en el manifiesto, exigía una retractación completa de las ofensas inferidas, o una reparación en el terreno de las armas.

(11) Remitido a la prensa. 25 Junio 1892.

“Don Vicente Blasco Ibáñez nos ha contestado literalmente lo que sigue:

“No me retracto de las expresiones que he vertido, ni accedo a darle una reparación en la forma pedida por dichos señores, por creer que mis ideas políticas y sociales no me permiten usar procedimientos anticuados, ‘propios solos de la Edad Media’.

El propio Sr. Feliu añade un comentario que puede dar idea de la violencia de la cuestión:

“El Sr. Blasco, tan bravo con la pluma en la mano, se niega a sostener como caballero los insultos y ofensas que profiere por escrito.

“De hoy más ya saben todos los hombres de honor que deben despreciar los insultos y ofensas que les dirija. Dice que no es caballero de la Edad Media; yo añado que tampoco es caballero de la edad presente”.

No menos violento es la hoja volante que imprimió e hizo repartir Blasco Ibáñez. Este documento, que no ha vuelto a ser impreso desde la fecha en que se escribió, pone de manifiesto la seguridad que de sí mismo tenía Blasco, el poco interés que le merecía el adversario y la idea realista que tenía de las cosas (12).

“Al público sensato. En el asunto político pendiente entre D. Juan Feliu y el que suscribe, para que la verdad y el buen sentido queden en su puesto, luego de hacer las siguientes declaraciones:

1º — Que no me retracto de ninguna de las verdades que he dicho al Sr. Feliu, y las sostendré siempre; a pesar de lo cual me niego a aceptar un duelo porque creo que es ridículo y denigrante para un demócrata, a fines del siglo XIX, tomar parte en esas farsas llamadas lances de honor, impropias de hombres serios y valerosos.

2º — Que como mi vida la paso entregada al trabajo y mi posición no me permite ser un vago nocivo para la socie-

(12) Hoja volante. 27 Junio 1892.

dad, no he podido aprender el manejo de las armas, y carezco, por tanto, de la impunidad con que van a los lances los que han pasado el tiempo ejercitándose en el aprendizaje de asesino.

3º — Que yo, efectivamente, no soy un caballero de la Edad Media ni de la presente, pues me honro en tenerme por muy plebeyo y por un ciudadano vulgar y de buen sentido. Emancipado de imbéciles preocupaciones, no me niego a dar una reparación al Sr. Feliu, siempre que éste venga en persona a buscarla y nos encontremos los dos completamente solos, sin padrinos, testigos, actas y demás ridiculeces que marca el ritual bufo caballeresco. Si el Sr. Feliu viene a buscarme a donde él sabe muy bien que habitualmente estoy, creeré entonces que es un hombre de verdadero valor y que tiene dignidad; pero mientras esté metido en su casa y me envíe representantes, sepa que yo, y todas las personas de buen sentido, le tendrán por un cobarde que busca el escándalo, y que es partidario de los duelos por la seguridad de éxito que le proporciona su maestría en las armas.

Con esto doy por terminada la cuestión pues creo ridículo llamar por más tiempo la atención del público.

Valencia, 27 de junio de 1892. Vicente Blasco Ibáñez”.

Resulta de todo punto innecesario sacar conclusiones, pues conocemos el resultado de aquellas luchas. Opinar a posteriori es ineficaz. Estas cuestiones, que ahora consideramos pequeñas y hasta mezquinas, no podían ser tenidas como tales en aquellos momentos. La gravedad de las polémicas, lo enconado de las pasiones, la dureza de las palabras, iban, al mismo tiempo que afianzando el camino por el que marchaba el joven político, creando un frente numerosísimo de enemigos. Pues él llevaba consigo un nervio demoleedor y poseía unas aptitudes nada comunes para la lucha.

En estos principios de su carrera como político, jugaba mucho en él el peso del romanticismo del que no había de desprenderse hasta algunos años después.

Cuando las páginas del semanario son insuficientes para hacer patente su protesta, Blasco Ibáñez se sirve de la calle. El mitin, la concentración de fuerzas populares en locales abiertos, en el frontón, en las alquerías de la huerta, son lugares en los que Blasco brilla como tribuno sin igual. Las calles de la ciudad recoleta —de la ciudad que se estremece de pavor ante esa masa que Blasco dirige— son escenario de la potencia dominadora del joven revolucionario.

Aquí, más que en ninguna otra forma de expresión, está el “heroísmo” de Blasco. Hay que tener en cuenta la situación del lugar en que vive, la organización de una sociedad, el peso de las clases acomodadas y conservadoras que consideran esos movimientos de la opinión como atentados a su seguridad. No se medirá nunca bastante el valor de este hombre, si no se tiene en cuenta que la sociedad está perfectamente defendida, que hay una policía pronta a sofocar los desmanes de los revolucionarios. Blasco se levanta —se está levantando a diario— contra lo instituido, “contra lo existente”, en un anhelo no bien comprendido de justicia.

¿Qué es lo que quiere Blasco Ibáñez que no hayan querido los grandes reformadores? El pecado de Blasco Ibáñez es haberse adelantado en más de treinta años a su época. Tuvo la clarividencia del futuro. Estudiar ahora cuáles eran sus ambiciones de justicia social, sus anhelos de cultura, sus deseos de regeneración, es encontrarlos ante una argumentación lógica, sencilla, elemental, que la misma evolución del tiempo se ha encargado de ratificar y justificar.

Cuando él decía: “Somos el pueblo más atrasado de Europa” decía una verdad que no todos estaban dispuestos a reconocer. Cuando afirmaba que hacían falta seis mil escuelas, que era preciso instruir al pueblo y que precisaba terminar con el caciquismo, no era un sectario, como pretendían sus enemigos, sino un gran enamorado del progreso y de la justicia que quería elevar el nivel cultural y espiritual de los españoles.

El pecado de Blasco Ibáñez, como el de Unamuno, Azo-

rín, Baroja, con quienes tiene una semejanza poco estudiada, es el de querer europeizar a España. Esa disconformidad con el medio ambiente es lo que le obliga a ser avanzado, progresista, revolucionario.

Baroja, Azorín, Costa, Ganivet, dicen exactamente lo que dice Blasco Ibáñez. Pero lo que en ellos es dictado literario, en Blasco se transforma en acción. Ellos señalan el defecto y denuncian al enemigo. Blasco hace lo mismo y hace más: va contra el enemigo.

Quienes se oponen al progreso del país son, para Blasco, los dos enemigos seculares: la monarquía y el clero. "Yo puedo decirlos que si se colocase en una balanza a un lado mi republicanismo y al otro mi anticlericalismo, tened la seguridad de que aun siendo grande mi entusiasmo republicano, pesaría mucho más mi anticlericalismo" (13).

No es casual que el republicanismo español sea anticlerical. Pesan a lo largo de todo el siglo XIX ejemplos de una intervención en la política de elementos clericales. Las partidas carlistas, capitaneadas por curas montaraces, llenan de espantosos relatos las crónicas de los sucesos. El espíritu progresivo, de libertad, respeto y cultura, es combatido ferozmente por el fanatismo de quienes defienden un rey absoluto, tradicionalista y despótico. El padre Oromi testimonia esta visión del siglo XIX al censurar al clero como "demasiado medido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar".

Pero esta apreciación, que puede hacerse cuando los hechos y los hombres ya son historia, no puede ser tenida por válida en 1892, cuando toda la fuerza política está dispuesta a defender lo que se considera fundamento y sostén de la sociedad.

Cuando Blasco dice que es republicano y anticlerical, hay que imaginarse el espanto de una ciudad recoleta, levítica casi, que vive en la paz de un recogimiento beatífico.

(13) Mitin en el teatro Pizarro de Valencia. 14 abril 1907.

¿Quién ha habido, antes de Blasco Ibáñez, capaz de hacer tan sencillas y claras afirmaciones? A la gente le asusta más su anticlericalismo que el saberle admirador de la Revolución francesa.

Es curioso comprobar que de esta época de Blasco, solamente sobrevive el recuerdo de un anticlericalismo. Blasco pasa a ser, en la imaginación popular, la encarnación de un diablo, de un Satanás con figura de apacible burgués. Se recuerda las algaradas callejeras contra el Rosario de la Aurora, práctica religiosa instaurada en Valencia en 1883 por el Arzobispo Antolín Monescillo. Se recuerda la audacia de Blasco cuando puso un letrero en una calle céntrica al paso de una comitiva. Se olvidan las fechas. Solamente queda el hecho contado con la vaguedad de un suceso ocurrido en su niñez.

El accidente más imprevisiblemente audaz que se puede contar de la vida de Blasco Ibáñez ocurrió exactamente el 20 de noviembre de 1892.

Hay que insistir una y otra vez en el carácter de la ciudad para comprender el desprendimiento que había en toda acción emprendida por Blasco. "Valencia, la de los cien campanarios", que cantó Víctor Hugo. Y el mismo Blasco hubo de ilustrar al Congreso en 1903, con estas palabras: "Valencia es la ciudad más católica de España, es la ciudad donde se verifican más actos de culto religioso. Por ejemplo, en Madrid, en Toledo, en otras capitales de España, viene la fiesta del Corpus, y no hay más que una procesión; en Valencia, viene esa fiesta, y hay nueve procesiones en nueve días consecutivos; en Valencia, de los trescientos sesenta y cinco días del año, hay lo menos ciento cincuenta en que se verifican procesiones... y aun pareciéndoles poco, todos los domingos se celebra el Rosario de la Aurora..." (14).

Contra este aspecto de la ciudad luchó Blasco Ibáñez y logró dar a la lucha un marcado matiz personalista.

(14) Discurso en el Congreso, 24 Junio 1903.

Este 20 de noviembre de 1892 tuvo lugar en Valencia la entrada del nuevo Arzobispo D. Ciriaco Sancha.

Preparóse con inusitada pompa el recibimiento, tal como había venido celebrándose en idénticas ocasiones. Púsose en movimiento la ciudad entera. Y el Municipio, la Diputación y demás organismos, contribuyeron al esplendor del acto.

Se organizó una gran comitiva que recorrió las calles céntricas. El orden de la comitiva, el esplendor del recibimiento está reseñado como un timbre de honor.

Abría la marcha una compañía de batidores de la Guardia Civil.

Seguían los timbales y clarines de la Ciudad a caballo. A continuación, los coches de los invitados. Seguía el Gobernador Civil en carruaje, con el Presidente y Vicepresidente de la Diputación Provincial y Vicepresidente de la Comisión Permanente. A seguido iban los carruajes de la Diputación y el Ayuntamiento. Vegueros del Ayuntamiento a caballo, vistiendo gramallas rojas. Inmediatamente venía el Sr. Arzobispo montado en un mulo, llevando al lado al Alcalde y una comisión del Ayuntamiento formada por los concejales.

Tras éstos iban todos los cleros parroquiales con cruz alzada. Y las Sociedades, Corporaciones, elemento militar y demás invitados.

A continuación iban los seminaristas, el Cabildo de la Catedral con los atributos de la Basilica. Familiares y capellanes de honor. El sillón arzobispal llevado por pajes. La Ronda de Alguaciles y un piquete del Regimiento de Guadajajara, que cerraba el cortejo.

Hay que imaginarse el espectáculo que ofrecía Valencia, en un domingo de sol, con el gentío agolpándose en las aceras. La luz de una apacible tarde de otoño, daría su tono dorado a esta exposición centelleante de colores y arneses.

Hay que imaginarse a esa multitud aplaudiendo y vitoreando. Ante ella está la representación de la Autoridad, con los uniformes, los entorchados, los hábitos, las levitas y

las chisteras. Es uno de esos momentos en que la Monarquía, con todo lo que tiene de espectáculo deslumbrador, se muestra haciendo gala de su poder y de su ascendencia sobre la masa.

Pero he aquí, que cuando el cortejo está pasando por la calle de las Barcas, en uno de los balcones de la redacción de "La Bandera Federal", apareció —dice la crónica periodística de la época— "un gran lienzo blanco con este letrero: "Jesús iba descalzo, haraposo y hambriento; comparad".

Nada más. Frente al oropel, al fausto, la ostentación, un hombre se ha atrevido a recordar la miseria de Jesús. ¿Quién es el osado?

Sigamos leyendo: |

"El público recibió este alarde con gritos de indignación; una pareja de la Guardia Civil a caballo, acudió e intimó que se retirase el lienzo; negáronse los del balcón; acudieron agentes del orden público, y subiendo por una ventana lo arrancaron".

Después se procedió a la detención de todos los que ocupaban el local de "La Bandera Federal", que eran los siguientes:

Vicente Blasco Ibáñez, Manuel Marco, Constantino Llombart, Baldomero Vila, José Roselló, José Raga Navarro, Luis León Durán, Manuel Madea, Miguel Villarrubia, Vicente Roca, Antonio Mezquida, Evaristo Sala, Juan Mateo, Arturo Grau Ciscar, Remigio Herrero, Alfredo Ortells, Cándido González, Francisco Jiménez, José Gómez, Gustavo Sorni y Francisco Cobos".

El hecho no tiene mayores consecuencias. Después de detenidos y encarcelados, al día siguiente fueron puestos en libertad, bajo fianza y a resultas del proceso.

Esta fue la actitud de Blasco Ibáñez ante la entrada en Valencia del Arzobispo D. Ciriaco Sancha.

El misterio del entusiasmo popular que despertó Blasco Ibáñez se va develando. Solamente así conociendo su actitud, sabiendo con qué confianza y serenidad aceptaba los procesos, se comprende que fuese adueñándose de la voluntad de sus conciudadanos. Ellos no se daban cuenta de que un joven había nacido con voluntad y deseos de hacerles pensar por sí propios y darles conciencia ciudadana. Ellos no vieron más que la valentía del hombre que les gritaba verdades, sencillas verdades humanas. Y vieron que aquello que consideraron intocable también era factible de censura o de repulsa. Vieron que alguien les estaba abriendo los ojos a la luz, después de una oscuridad de años, cuanto no de siglos. Y creyeron en él. Y fueron con él donde les quiso llevar. Y formaron, no un grupo, sino un gran partido que les hizo escalar pronto los puestos de la dirección municipal de la ciudad.

Muchos años después, ya retirado de la política activa, famoso novelista, conocido en todo el mundo, en uno de los viajes que hizo a Valencia, decía a un íntimo amigo mientras paseaba por las calles: “¡Cuánto hice el loco por aquí!”.

Quizá él no ignoraba que hay locuras inevitables, precisas, cuando las anima un sentimiento de justicia y de humanidad.

J. L. LEON ROCA

Venerable Agnesio 4, Valencia, España

